

La Crisis.- Por Jesús García Carretero, Director General de Junckers

Todo el mundo sabía que iba a ocurrir, pero nadie tuvo el coraje de adoptar medidas preventivas. Se veía venir de lejos: la temida explosión de la burbuja inmobiliaria, el final de que aquella época de prosperidad tenía que acabar necesariamente de mala manera. Nuestros gobiernos no actuaron, porque no estaba muy bien visto tomar medidas para controlar y frenar el crecimiento económico, aunque estuviere desproporcionadamente basado en el sector de la construcción. Tampoco tomaron medidas las empresas, que renunciaron a bajarse del carro, porque el carro andaba. Los bancos seguían dando préstamos con alegría y sin reparos a todo aquél que quisiera la casa o el coche de sus sueños. Los consumidores, a consumir sin ahorrar, porque el consumo es el carbón que alimenta la caldera de la locomotora del crecimiento económico.

Y aunque no faltaron los profetas que nos avisaron de que tarde o temprano iba a ocurrir, que no era más que cuestión de tiempo, la burbuja explotó y nos cogió a todos con el paso cambiado. Con esa explosión llegó la crisis, la desconfianza, la incertidumbre, el pesimismo.

Repentinamente, nuestros nacionalismos dejaron de monopolizar la atención de periódicos y tertulias radiofónicas para ocuparse ahora de nuestra maltrecha economía. Al tiempo, la gente de a pié, nos sentimos afectados directamente y también nos sentimos cualificados para opinar sobre este nuevo tema de actualidad. Para poder participar en una conversación sobre fútbol, toros o vinos, hay que tener un mínimo de conocimientos, ser al menos un pequeño experto. Con la economía es diferente, porque de economía, en mayor o menor medida, todos sabemos y todos tenemos una opinión formada. Esto es así porque la economía, por definición, no es más que la administración óptima de unos recursos escasos, y esto todos lo hacemos como mínimo en la vida cotidiana. Por ello todos entendemos bastante bien lo que está pasando, y participamos activamente en un debate en el que hechos y asuntos como los siguientes nos afectan y nos descolocan:

- Los bancos, por desconfianza entre ellos mismos, dejan de cumplir su función de prestar liquidez a empresas y particulares.
- El gobierno destina dinero a los bancos y cajas para “inyectar liquidez en el sistema”, y antes de que hayamos asimilado la efectividad de la medida, presenciamos atónitos cómo clubes de fútbol obtienen préstamos millonarios de aquellas entidades de crédito para la compra de jugadores, mientras que esas mismas entidades de crédito no renuevan las líneas de crédito y de descuento a empresas que han sido clientes formales de toda la vida.
- Los sindicatos ni se manifiestan ni convocan huelgas en una época de destrucción de empleo sin parangón.
- Patronal, sindicatos y gobierno no se ponen de acuerdo para realizar unos mínimos cambios legales acordes con los tiempos, y se enfrascan

en la discusión de la indemnización por despido de 45 días por año trabajado, cuando pocos son los trabajadores que la consiguen en estos tiempos en que las empresas cierran o simplemente desaparecen y se les remite al FOGASA.

- EREs y despidos colectivos de 4.000 ó 5.000 trabajadores de las grandes empresas ocupan las portadas de los periódicos, pidiendo la perspectiva y la proporción de que esas cifras vienen a suponer el número de empleos perdidos en tan sólo un par de días en nuestro país procedentes de las PYMES.
- El estado propicia la inversión en los ayuntamientos para reactivar la creación de empleo, y todos somos testigos de cómo se han renovado aceras que estaban en perfecto estado, reformado plazas sin necesidad... Y no ha faltado el empresario que ha despedido a sus trabajadores para volverlos a contratar y así tener acceso a estas inversiones públicas. La intención de la medida sin duda es clara, pero de su materialización parece hacer del despilfarro una medida contra la crisis.
- Los consumidores vivieron por encima de sus posibilidades, dispusieron de toda su renta para el consumo y no para el ahorro, se pidieron préstamos hipotecarios a treinta o cuarenta años al límite de sus posibilidades y con el planteamiento irrealista de que sus ingresos no pudieran presentar ninguna alteración en todo ese largo periodo de tiempo. Los bancos, tras un “exhaustivo estudio”, se los concedieron y ahora que el desempleo se manifiesta como el principal problema de nuestra sociedad, las cuotas de los préstamos no se pueden atender.
- Tenemos unos de los sistemas financieros más sólidos de occidente, por lo que podríamos afirmar con orgullo que ninguna entidad financiera ha tenido que ser intervenida por el estado, al contrario de lo acontecido en otros países de nuestro entorno. Esto es así porque en España no existen los préstamos hipotecarios basura que en otros países han llevado a la intervención y a la quiebra a más de una entidad financiera de referencia. Claro está, que nuestro Banco Central permite a las entidades financieras a adquirir directamente los inmuebles que sirven de garantía de los préstamos impagados, y así evitar una subasta judicial que reportaría necesariamente pérdidas. Gracias al Banco de España, los bancos se han convertido en importantes inmobiliarias.
- Constructoras y promotoras, que no son merecedoras de financiación por parte de los bancos, han de esperar que el mercado absorba primero los inmuebles de estos últimos, que les basta con vender por el importe de la deuda impagada de sus préstamos, precio con el que entran en competencia desleal no solo con promotoras y constructoras, sino que también con particulares. Así pues, para ver la recuperación del sector de la construcción habrá de esperar a que los bancos y cajas terminen de vender sus inmuebles.

- En estos tiempos difíciles el banco que no ha ganado dinero ha reducido sus beneficios entre un 5 y un 15%, cuando miles de empresas no sólo pierden dinero, sino que presentan concurso de acreedores y quiebras.
- Nos encontramos ante la paradoja de que la banca es un sector estratégico, por lo que las entidades financieras no pueden quebrar, pero el tejido empresarial parece que no lo es. Los ahorradores no pueden perder sus ahorros, pero los trabajadores sí pueden perder sus ingresos cuando pierden su empleo.
- Se hace necesario aumentar los impuestos para financiar el creciente déficit público, y se debate sobre qué segmento de la sociedad recaerá el mayor peso de la medida, se debate sobre si habrán de ser las rentas altas o las medias, sobre qué se considera renta alta, sobre el peligro de gravar las grandes fortunas... Todo este animado e interesante debate para acabar subiendo el IVA, es decir, que somos los ciudadanos los que acabamos pagando el déficit público, es decir, que somos los ciudadanos los que pagamos los necesarios y mayores subsidios para los desempleados, pero también somos los que “inyectamos liquidez en el sistema financiero” para que el sistema financiero ya no nos conceda préstamos, que pagamos las obras de renovación de las aceras que no necesitamos, etc. Además no hay que olvidar que una subida de los impuestos indirectos es la más injusta socialmente, ya que afecta a las rentas más bajas o incluso aquellas personas que no perciben renta alguna, pues contribuyen a la hacienda pública cada vez que realizan una compra de bienes de primera necesidad.

Cabría esperar, que de esta dura experiencia que en mayor o menor medida todos estamos viviendo, hayamos aprendido la lección que evite volver a cometer los mismos errores. ¿O no?

El mes pasado mi televisión de 18 años, no sé si se estropeó por antiguo o se suicidó por el pesimismo de las noticias económicas que últimamente se veía obligada a mostrar. Acudí al hipermercado para adquirir un nuevo aparato y, tras un difícil proceso de decisión y con un criterio de prudencia, escogí una marca y un modelo de gama media bastante bajo. Para efectuar el pago decidí utilizar mi tarjeta de débito, esa que no te da sorpresas desagradables al mes siguiente. En la caja, delante de mí, había un joven de unos 30 años que había elegido un televisor, que por el tamaño del embalaje, sin duda era bastante superior al mío y con el que creo tendría serios problemas de espacio para ubicarlo en su vivienda. Expresó su deseo de financiar su compra. El dependiente le pidió amablemente que debía facilitarle una copia de sus dos últimas nóminas; y éste, con toda confianza, le dio dos justificantes de ingreso del subsidio del desempleo. El dependiente, sorprendido, le dijo que aquello no era posible; y el cliente, cuya indignación crecía con el desarrollo de la conversación, argumentaba que no entendía cómo seis meses antes se le había permitido financiar la compra de un ordenador cuando trabajaba para la empresa que le había despedido; y que ahora sus ingresos, procedentes del INEM, tenían mucha más garantía. Tanto era así, que su empresa había cerrado. Y lo malo es que no le faltaba razón... pero lo peor es que no

aprenderemos nunca la lección. Este caso real es ejemplo de que la crisis económica que vivimos no es sino consecuencia de otras crisis que padecemos y que no ocupan las portadas de los periódicos: crisis cultural, crisis social, crisis cultural y crisis ética. Ante estas otras crisis no se toman medidas correctoras, medidas que habrían de ser carácter estructural pues afectan a la columna vertebral de nuestra sociedad.

Nuestra sociedad tiene un claro déficit cultural, pero entendiendo por cultura no ese conjunto de conocimientos que nos convierte a todos y cada uno de nosotros en técnicos especialistas en alguna materia; sino aquel bagaje de conocimientos que, asimilados, sirven para posicionarnos en la vida, que sirven para comprender que todo ha de guardar una proporción, y que nos recuerdan que no todo vale para conseguir cualquier objetivo.

Si estos tiempos de crisis sirven para cuestionarnos los planteamientos actuales y realizar cambios de estructurales, habrá merecido la pena vivir estos momentos complicados. Si simplemente se espera a que escampe sin hacer nada o si realizan cambios que se limiten a parchear el sistema para simplemente salir de la situación, es seguro que acabaremos por salir de la crisis; pero no habremos aprendido nada, y el volver a cometer en los mismos errores es sólo cuestión de tiempo. ¿Será esta la causa de la existencia de los ciclos económicos?

Jesús García Carretero
Director General Junckers